

### El binomio docencia - investigación como fundamento de la calidad de la educación superior (\*)

*Claudio Bifano*

Solamente por la generosidad de algunos amigos me ha correspondido la muy honrosa tarea de dirigir unas palabras en este acto, en nombre de los colegas a quienes se hace entrega de los Premios que otorgan la Asociación para el Progreso de la Investigación Universitaria, el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico y Petróleos de Venezuela

Pocas son las distinciones que, en este país, están asociadas a un nombre tan ilustre como el de *De Venanzi* y por este motivo, este Premio a la Trayectoria del Investigador Universitario, representa un verdadero honor y un serio compromiso institucional para quien lo recibe.

Honor que agradezco muy de veras, tanto en mi nombre como en el de la Profesora Silvia Hernández de Lasala, reconocida Investigadora cuya fecunda labor universitaria se ve hoy públicamente reconocida.

En este momento, en que no puedo esconder mi satisfacción, siento el grato deber de reconocer y agradecer la gran generosidad de la Universidad que, pidiendo siempre muy poco a cambio, pone a la disposición de todos sus miembros los recursos y las posibilidades de hacer realidad sus aspiraciones académicas y agradecer también, muy especialmente, a un grupo de apreciados colegas de la Facultad de Ciencias, algunos de ellos ex - alumnos, que ya superan con creces mis modestos logros como profe-

sor e investigador de esta Universidad, que consideraron posible presentar mi nombre en este concurso en que participan colegas de relevantes méritos.

El haber conocido al Doctor de Venanzi y haber tenido la oportunidad de compartir con él los avatares de los inicios de su última empresa al servicio del Progreso de la Investigación Universitaria, la APIU, es uno de los privilegios que me ha deparado la vida universitaria. Privilegio, digo, porque esta cercanía al Maestro, me permitió aprender de su enorme experiencia académica, de su pasión y constancia por la investigación, de su clara visión de la política de la ciencia y para la ciencia y de su pensamiento universal, producto de una larga preparación humanística complementaria a su sólida formación científica.

Por esta razón, el haber tenido la fortuna de recibir el premio que lleva su nombre, representa para mí una distinción que trasciende el valor del reconocimiento académico de los pares.

También en este acto se hace entrega del Premio UCV-PDVSA-CIED que resalta valores actuales de la actividad científica en nuestra Universidad y de la función de la investigación como instrumento docente.

El trabajo del equipo de Geólogos, la Tesis Doctoral de Fabiola Rodríguez Hernández y el Trabajo Especial de Grado de Miriam Denise Giampaoli, demuestran que no se han desvanecido las palabras, que está en pie el discurso y el desafío de crear conoci-

---

(\*) Discurso pronunciado con ocasión de la entrega del Premio Francisco De Venanzi a la Trayectoria del Investigador Universitario 2000 y del Premio UCV-PDVSA-CIED.

miento nuevo en la Universidad, que sigue vigente el compromiso de seguir construyendo la Universidad que debe ser, que sigue habiendo voluntades y capacidades dispuestas a prestar su servicio en esta hora de la Institución. Hora que exige cambios que no pueden ser ya postergados y que hay que encararlos haciendo uso de los mejores recursos académicos disponibles. Aprovechando las experiencias vividas, es hora de dar comienzo a una nueva etapa de la vida institucional, guiada por profesores del más alto nivel académico, que comparten sus valores fundamentales y viven al margen de cualquier compromiso, que no sea el de hacer crecer la elite intelectual, única que puede y debe servir de sustento a la Institución y a al desarrollo del país.

Es propicia esta ocasión para intentar hacer un par de reflexiones sobre lo esencial, la razón de ser, de la Universidad: la docencia y la investigación.

No creo que fue sin intención que la APIU, al crear este Premio, se refiriera explícitamente a la trayectoria del investigador universitario. Podría pensarse que quisieron reconocer el trabajo de investigación que se realiza en la Universidad; pero también puede pensarse que la intención fue resaltar alguna característica o finalidad particular de la investigación, cuando se desarrolla en una Universidad.

La definición más general y a la vez precisa de Universidad, vigente desde la Edad Media, es la de Centro que reúne las Escuelas para impartir la enseñanza superior. Definición que, de manera taxativa, establece que la función primordial de la Universidad es la de enseñar, y debemos agregar, aunque esté implícito, que para que sea superior, la enseñanza debe ser impartida a los extremos de la más alta calidad y que debe ser confiada a personas que tienen la capacidad y la vocación para hacerlo. Por lo tanto, debe verse a la Universidad como un Centro de Excelencia, cuya misión es dedicarse a la formación de profesionales de alto nivel sobre la base del trabajo de investigación; que es generación, difusión y uso del conocimiento en todas las ramas del saber.

La investigación es, sin duda, una aventura cautivante, la que mejor pone a prueba la claridad del intelecto

humano; es la búsqueda incesante de las respuestas que satisfagan curiosidades intelectuales o sirvan para generar un bien o un servicio para la sociedad; prestigia a quienes la practican con éxito, puede producir grandes satisfacciones y notables beneficios o ser simplemente irrelevante y anodina. Pero, además de todo eso, no puedo dejar de decir que, para los que hemos escogido la profesión de profesor universitario como forma de vida es, sobre todo, una herramienta necesaria para estar a la altura de desempeñar una docencia de alto nivel.

El profesor que hace investigación vive en un mundo en el cual pone a prueba sus ideas; se esfuerza por plantear o aclarar hipótesis y, por qué no, en comprobar, por experiencia propia, la validez del conocimiento que imparte a sus alumnos.

El que comparte su tiempo entre la docencia y la investigación no es un profesor dogmático, que basa su legitimidad en textos generalmente fosilizados. No es un profesor que rehuye preguntas críticas o atrevidas de esos alumnos que piensan cuando estudian, en vez de aprender sin pensar. Es, por el contrario, un profesor capaz de admitir y, también de enseñar que, particularmente en ciencias, en mejor pensar de manera equivocada (o aparentemente equivocada) que no pensar.

Para él la enseñanza no es un hecho estático, basado en "apuntes" que nunca son discutidos por otros colegas y jamás se convierten en un libro. Es una persona que, por la amplitud mental que le proporciona el continuo ejercicio de poner a prueba sus ideas, puede guiar a un joven al logro de un espíritu autocrítico y de un razonamiento lógico.

Profesor es quien, además, de ser capaz de dictar una clase, por más Magistral que pretenda ser, debe saber también enseñar a través de la práctica rigurosa de la investigación.

Esa fue la visión de docencia universitaria que, en nuestro país hace más de cuarenta años, con De Venanzi a la cabeza, de la que se derivó el término Profesor - Investigador, en ese orden, para distinguir y calificar al Profesor Universitario.

El oficio de Profesor Universitario es, pues, en extremo delicado. Tiene que ver, nada menos, que con el

futuro del país. Y esta responsabilidad no admite medias tintas. Cuando se asume hay que estar dispuesto a esforzarse al máximo para poder moldear adecuadamente la mayor riqueza de que dispone un país, que es la materia gris de sus habitantes. Y esto puede lograrse solamente a través de la búsqueda de nuevo conocimiento o por la vía de su aplicación, para la generación de innovaciones o desarrollos.

De manera que el Profesor que no quiera dedicarse, por lo menos en parte, a la generación o al uso del conocimiento no debería tener cabida en la Universidad

Pero, ¿porqué estamos hablando de estas cosas en este momento en que se reconoce y se premia la dedicación a la investigación? ¿A qué viene esta preocupación si todos sabemos que, de esto, se ha hablado mucho en el pasado?

A pesar de pueda parecer un momento inoportuno, creo que justamente en este momento, en que estamos reunidos para celebrar el Premio De Venanzi, es necesario replantear la validez del llamado binomio docencia - investigación como fundamento de la calidad de la educación superior. Y es necesario porqué, lamentablemente, pareciera de que se está descuidando la función docente en la Universidad y muchos profesores lo comentan. Cómo se explicaría, si no, que haya Facultades de nuestra Universidad en las cuales el promedio general de notas de los estudiantes es cercano a diez puntos y Escuelas en las cuales ese promedio es inferior a la calificación mínima necesaria para aprobar.

¿Que está ocurriendo? Hay quien dice que la docencia se está convirtiendo en un subproducto de la actividad universitaria. Que se está privilegiando la productividad en investigación, medida solamente en número de publicaciones. Que los programas de estímulo a la investigación están teniendo un efecto perverso sobre la calidad de la docencia. Se dicen muchas cosas de este estilo que, aunque no fueran del todo ciertas, deberían alertar la conciencia universitaria, porque de serlo, se estaría atentando contra uno de los objetivos básicos de la Institución.

Docencia e Investigación en la Universidad. Cómo establecer un balance adecuado entre estas dos ver-

tientes y como reconocer con objetividad los respectivos aportes de los Profesores Universitarios, es un tema trascendente, que requiere de políticas apropiadas.

La evaluación de la productividad en investigación es relativamente sencilla. Hay indicadores universalmente aceptados para medirla y en ellos se basan los programas de estímulo y los premios que se otorgan.

Cómo evaluar la calidad de la docencia, es un problema más complicado. Tal vez sea solamente la huella que es capaz de dejar un Maestro en sus alumnos, consecuencia de su sabiduría y de su ejemplo, la forma más objetiva de medir esa calidad.

Años atrás, una credencial de mérito que un profesional podía atribuirse era haber sido alumno de tal o cual Profesor, y ese solo hecho le confería cierto grado de respeto o de credibilidad, porqué se le consideraba casi heredero del conocimiento y sobre todo del ejemplo que le había dado su Maestro. Esto, que ya no es tan frecuente en nuestros días, todavía se oye decir y se dice muy respetuosamente cuando se recuerdan Profesores que han ejercido o ejercen su profesión de manera inobjetable.

No hay duda que los programas de estímulo a la investigación y los premios son buenas iniciativas que han favorecido el crecimiento de la actividad científica en el país. También es cierto que a través de estos reconocimientos se está tratando de conservar e incrementar el capital humano con que cuenta el país en Ciencia y Tecnología. Todo esto es cierto, pero también es cierto que, si la Universidad no cuida con celo el sensible balance entre docencia e investigación, corre el riesgo de convertirse en una Institución que entrega títulos sin poder garantizar la calidad profesional de los egresados.

La docencia de alto nivel motiva y compromete a los verdaderos estudiantes universitarios, es la que hace posible que los Profesores sean recordados por sus alumnos y su recuerdo se mantiene como un estímulo de superación. No cometamos el error de insinuar a los Profesores que comienzan su carrera universitaria que una clase se remedia de cualquier manera, que la docencia es, algo así, como un producto se-

cundario frente a la investigación. Hagámosles saber, en cambio, que si bien la investigación es una actividad esencial de la vida universitaria, dar una buena clase se logra solamente cuando el Profesor tiene dominio del conocimiento que quiere impartir y que, a través de la práctica de la investigación, ese conocimiento se refuerza.

La docencia que haciendo uso de tecnologías educativas aparentemente avanzadas trata de esconder su escasez y la docencia complaciente, cuya excusa son supuestas carencias y deficiencias de la preparación de los alumnos, son prácticas simplemente inaceptables en una Institución que quiera llamarse Universidad.

Se muy bien que lo que he venido exponiendo es parte del tema de discusión de la agenda de reestructuración que actualmente está teniendo lugar en

la Universidad, la cual está ciertamente animada de buenas intenciones. Hay esperanzas puestas en este esfuerzo académico, que indica que hay conciencia de las debilidades de la educación superior y que hay deseo de superarlas. Habrá que esperar los resultados, que deseamos vivamente toquen el fondo del problema que, a nuestro entender, reside en la capacidad profesional del profesorado y su dedicación a la docencia y a la investigación.

Para finalizar no me resta sino reiterar mi profunda gratitud a la Universidad por este nuevo estímulo, que valoro en toda su magnitud. Y decirle, con la mayor serenidad, a los colegas que con su trabajo mantienen viva la esperanza de tener una Universidad cada vez más sólida, que el sueño de serle útil al país, ejerciendo el oficio de Profesor Universitario, es un compromiso que sigue vigente y seguirá vigente mientras las fuerzas lo permitan.